Nuestros lectores saben ya que aquel hijo del sol, lo era de doña Cármen Zuñiga, y que ese talismán diabólico no era sino la herencia de Tizoc, la esmeralda de Xochitl.

XXIV.

Hemos buscado con empeño entre los documentos de esta historia, una carta que debía decirnos algo sobre la suerte de las dos hermanas, y ante todo del hijo de Cristóbal.

Era la noticia que un don Francisco Balmaceda mandaba á los parientes lejanos de Antonio de la Mota, acerca de un fatal acontecimiento que los dejaba como los únicos herederos del antiguo alcalde.

La carta susodicha debía ser una de tantas, que empapadas en la sangre del tío Blas, y desgarradas, eran absolutamente inentendibles.

CAPITULO III.

Apuntes para una causa célebre.

I.

Pasaron más de cien años.

Ha volado un siglo infecundo para la libertad, inútil para el progreso, y muerto si no despreciable para la historia. ¿Qué diferencia existe entre el México de don Luis Velasco y el México de Casa-fuerte? ¿Qué obra, qué nombre célebre dejaron los virreyes en los fastos de la política, de la ciencia, de la industria, siquiera de la religión, que fué siempre el decantado objeto de sus acciones? Lerma, Córdoba, Salvatierra y la pequeña villa de Cadereita, formadas por unas cuantas casas y una iglesia, son las obras maestras que surgen de las ruinas de un vasto imperio, destruido por el fanatismo y el pillaje. Más, novecientos arcos inútiles que traen á la ciudad el agua, menos abundante en verdad que el sudor y las lágrimas que costaron á los *naturales,* empleados siempre en realizar las necias concepciones de los conquistadores, á trueque de un jornal de miserable verdura. Conventos, muchos conventos, hasta el grado increíble de haber uno en cada manzana, como Puebla puede todavía atestiguarlo. Muchos conventos, macizos como fortalezas de la tiranía, verdaderos castillos, por cuyos botareles parecía levantarse el rostro patibulario de Cortés, para espiar entre las tinieblas á la ciudad cubierta de cilicio y arrodillada ante el sombrío dios de la conquista.

En 1644, dice un historiador, la ciudad de México pidió á Felipe IV que no diera más licencia para fundar conventos, pues los de las monjas requerían tal número de criadas que no bastaban para el servicio todas las mujeres de la ciudad.

Pidióse también que se pusiera un límite á los frailes en la adquisición de bienes raíces, porque amenazaban devorar la capital y el reino de la Nueva España. Continuamente los conventos abrían sus anchos muros para cobijar y esconder en su vientre las habitaciones de un barrio entero.

Las ciudades eran monasterios, las calles claustros, las iglesias altares, los frailes señores y los indios *pilguanejos* ó bestias de carga.

¿En qué había mejorado la condición de estos esclavos? ¿Qué fué de la filantropía de Velasco, de las elocuentes representaciones de Zumárraga, de las lágrimas de una reina que pedía protección para los indios desde su lecho de muerte? ¿Qué fueron las benéficas leyes, ni el ruego ni las amenazas contra la codicia y la brutalidad de los encomenderos? Las mismas cédulas libradas por los reyes de España, dejan ver entre un laberinto de prohibiciones la horrible desventura de los indios. «Que no los sobrecarguen; que no les quiten á sus hijos; que no les peguen con garrote; que no los marquen con el hierro; que no los cuelguen por los pies; que no prostituyan á sus mujeres; que dejen ver á sus familias, siquiera una vez, á los trabajadores de las minas; que no se permita que los hacendados *aporreen* á los indios, es decir, que no les echen á los perros feroces; que no vendan indios á los dueños de minas; etc., etc.»

Una serie de virreyes desfilaba en silencio ante los horrores de la conquista;—unos devorando su indignación, otros dejando ver una lágrima, pero nadie con el ánimo de aventar su corcel entre el festin de los aventureros y volcar con el cabo de su lanza aquel monumento de ferocidad, que horrorizaba á los hombres y provocaba la cólera del cielo.

Si la historia guarda, después del de Jesús, el más alto asiento reservado para los bienhechores de la humanidad, hoy desde allí, ceñido con rayos inmortales, oiría el salvador de los aztecas el himno con que la humanidad agradecida saludaría su nombre bendito...

El hambre, la peste y las inundaciones ayudaban á maravilla para destruir á los indígenas ó acabar de hundirlos en el estupor. La obra del embrutecimiento caminaba. El fanatismo se sonreía de gozo ante un pueblo ya diestro con las lecciones de ciento cincuenta años. «*Viva la iglesia y el rey nuestro señor, y muera el mal gobierno de este luterano*» gritaban al marqués de Gálvez cuando mandó al destierro á un arzobispo, Juan de la Zerna, gran ambicioso y alborotador del reino. «*Malditos frailes*» decía el marqués huyendo entre el incendio de su palacio, «*han hechizado á la canalla.*»

¿Y cuál era la educación de las clases un poco menos miserables que el populacho? ¿Qué se había caminado en el saber al cabo de ciento y cincuenta años? La teología ya en Europa esclava de las ciencias, y aquí respetada todavía como su reina, lanzaba, prendido en los silogismos de Aristóteles, un anatema contra las verdades que ya triunfantes saludaban el espacio levantándose en el génio de Newton. Aquí los doctores dormitando en los escaños de la universidad, dejaban que el *Bárbara* y el *Daralipton* zumbasen por sus calvas frentes como en torno de una colmena donde se elaboraba para el estudiante miel de error, de superstición y de pedantería.

Una nueva raza que salía del abrazo impuro de las esclavas de Osorio y los galeotes de Alvarado, plagada de vicios y envuelta en la más vergonzosa ignorancia, llevaba al pueblo las lecciones del crimen y la impúdica desfachatez del que mira el cadalso como el término seguro de su existencia...

Pero nos hemos distraido del asunto.

Vamos á referir en pocas palabras, y contando siempre con la indulgencia del lector, un episodio, la primera aventura de uno de los personajes que más tarde volveremos á ver con la primera esmeralda.

Decíamos que había pasado mucho tiempo. Comenzaba el año de 1727.

II.

En una casita pintoresca, situada en uno de los suburbios de esta capital, habita Cárlos Ponce, que con el trabajo de su poético pincel sustenta á una familia reducida á su esposa, linda muchacha de veintidos abriles, y á un criado anciano. Pudiéramos contar en la familia, y lo hacemos con gusto, á un pobre perro que velaba desde la huerta la casa de sus amos.

La joven está por segunda vez próxima á ser madre, y mientras mece la cuna de su hijo, el artista vela perfeccionando una *Vírgen de los Dolores*, cuyo precio deberá satisfacer todos los gastos necesarios en un lance como el que le prepara su esposa.

Rosaura, este era el nombre de la joven, conoció á Cárlos cuando obligada por una palabra imprudente veía próximo su enlace con cierto comerciante. De aquí resultó, que una noche se arroja á los pies de su padre, y bañada en lágrimas le dice:

—Padre mío yo sacrificaré todas mis esperanzas, puesto que usted lo exije... pero no amo á ese hombre; no lo he querido nunca, ni creo que su dinero sea el precio suficiente para un sacrificio de mi existencia entera.

El buen padre, ¡raro ejemplo! la levantó del suelo, y prometió desbaratar un contrato que, según dijo, no se formalizaba todavía. Después preguntó á su hija:

—¿Amas á otro?

Rosaura se puso encarnada, bajó los ojos y sonrió de una manera tan angelical, que su padre se dió por satisfecho, y separóse de ella dejándola consolada y alegre.

III.

Al día siguente don Epitacio Aranda, comerciante en pieles, salía de aquella casa pronunciando estas palabras, que se avenían muy mal con su sonrisa pálida y su mirada amenazante:

—No me empeño, señor... La niña tiene sobrada justicia. Jamás ha correspondido mi cariño... y tuve el mal proyecto de enlazarme con ella por un mandato. Pido á ustedes perdón.

Aranda juró desde ese instante, dar con la venganza un consuelo infame á su amor propio ultrajado y á sus celos.

Dejó pasar dos años, no sabemos si por impotencia, por miedo, ó por un cálculo que tendía á desvanecer las sospechas.

Entretanto, Rosaura se casó, y poco después lloró la muerte de su padre.

IV.

Era una noche y una hora escogidas á propósito para el crimen.

El cielo se cubría con denegridos nubarrones.

Los vecinos entregados al sueño, las calles desiertas, y la agonía del farolillo delante de una triste hermita, anunciaban las altas horas del silencio, interrumpido á veces por el ahullido del perro solitario, que cree divisar á un fantasma torciendo por la lejana esquina.

Eran las doce.

Un hombre embozado hasta los ojos, llegaba á la puerta falsa de una huerta, sacaba un manojo de llaves, y sin meter el menor ruido las probaba en la chapa con el afán de un ladrón nocturno.

V.

Penetremos en la casa de Cárlos.

Este, después de cubrir cuidadosamente á su Vírgen, comenzaba á desnudarse. Un brazo blanco y puro tendido á lo largo de la almohada, el brazo de Rosaura, que dormía ya profundamente, parecía convidarlo á reposar en un sueño de inefable dicha.

Dejóse oir entónces el ladrido del *Moro*, el perro estimado del artista, guardián cumplido aunque algo escandaloso.

Cárlos no reparó en aquello; pero los ladridos se repiten. Quiere salir, mas teme despertar á su hijo ó alarmar á Rosaura, y se limita solo á escuchar. El *Moro* ha callado. Todo vuelve á quedar en calma.

—Sería ventolera ó acaso pesadilla del animal, se dice Cárlos metiéndose en la cama y cubriendo su lámpara.

El sueño comienza á descender sobre su cabeza fatigada. Caen sus párpados lentamente, y al ocultar los muebles de la pobre estancia, desarrollan el panorama ideal donde se habla con otros séres, y se tocan con el dedo las más osadas concepciones.

Pasa media hora.

Ya las palpitaciones son unísonas, y un mismo velo vaporoso envuelve la frente de los tres séres que reposan, aislándolos del recuerdo y de las amargas realidades de la vida.

No sienten que la puerta se abre, ni ven que una cabeza horrible asoma, y arroja sobre el lecho una mirada, y difunde en la sombra de la habitación un aliento de muerte.

Aquella cabeza es la de Aranda;—es el novio despreciado que viene á cumplir con su palabra.

VI.

El antiguo pretendiente de Rosaura penetra en la alcoba, y se acerca silenciosamente á Cárlos, que por un efecto ya explicado por el magnetismo, lo mira llegar y abre los ojos.

Entonces Aranda se arroja sobre el joven, lo sujeta con las rodillas, y de una puñalada hiela en su garganta el primer gemido.

Rosaura se incorpora con la velocidad y la fuerza de un resorte. Lo vé todo, y cae desfallecida. Aranda arroja al suelo el cuerpo del

artista, que vierte un raudal de sangre; descubre el seno de Rosaura, y procura cometer una acción sacrílega, mientras Cárlos ya muerto clava sobre él sus ojos mates, fijos, airados, como diciéndole: ¡maldito!

Rosaura vuelve en sí. El pudor la da fuerza, y logra derribar al asesino, que rápido como el tígre cae sobra ella otra vez y la afianza por la garganta. A este tiempo el niño se agita en la cuña y llama á su madre: pero Aranda lo tiene al alcance de su mano, y hunde varias veces el puñal entre la ropa, hasta que se apaga aquella voz que lo importuna.

Entretanto, Rosaura pugna por desacirse de la mano hercúlea que la sofoca. Lanza gemidos apagados y roncos, y sus ojos ya salientes expresan una angustia suprema. El asesino continúa oprimiendo, y observa el efecto lento y terrible de la agonía.

En este momento se escucha por la calle el sonoroso preludio de una guitarra, y una voz fresca y juvenil da al viento dulces notas, que vuelan sobre las brisas de la noche y se confunden con sus mormullos.

Rosaura ya no palpita. Sus ojos también giran por última vez, y se clavan en los de Aranda con expresión siniestra.

VII.

Poco después, el mismo embozado que vimos en la entrada de la huerta, cruzaba por las calles del pueblo y se perdía en las sombras.

VIII.

Creemos haber dicho al lector, que no somos sino simples narradores de una tradición. De otro modo no hubiéramos puesto en esta historia muchas escenas amorosas. ¿Pero qué vamos á hacer?

Por otra parte: ¿qué es la vida del hombre? dicen todos. ¿A qué se reduce la vida entera de este mundo y la vida de todo el universo? Al amor. El mundo del amor es más vasto que el de la inteligencia; y su historia gasta miles de páginas en la eterna crónica de los siglos.

Ya está dicho, el hombre ha nacido para el amor, como el ave para volar; pero este vuelo del alma no tiene momento de quietud, es infatigable, y no se sentiría satisfecho sino lanzándose con la mujer amada por el espacio que conduce á la fuente del amor infinito. Y si el amor es el destino de la humanidad, no es extraño que lo encontremos á cada paso.

Hélo aquí:

A las doce de la noche, un pobre estudiante envuelto en un raido ferreruelo, se detenía delante de una ventana, y descubriendo su vihuela comenzaba á templarla, posando una mirada llena de melancolía sobre el edificio que debía encerrar á la dulce causa de sus penas.

Lo esperaban seguramente, pues el alto postigo giró sobre sus goznes y dejó asomar una cabeza. Entonces nuestro estudiante se aproxima, y con voz melíflua pronuncia estas palabras:

—¿Estás ahí, mi vida?

—¡Chist!...

—¿Qué?... ¿viene tu mamá?...

—¡Silencio!... responde aquella cabeza, como si hablara en un templo.

El galán exhala otro suspiro, y se agazapa en el hueco de la puerta, esperando lleno de resignación el momento en que su señora dé la señal para hacer uso de la lengua. Entretanto, trae á la memoria, para inspirarse, los trozos mas tiernos de Tibulo y Virgilio, y hasta en los mismos discursos de Cicerón, busca palabras ardorosas para revestir la frase que palpita ya en su cerebro. Ya que se trataba de una reconvención, por las dilatadas horas que la dama lo tenía en espera, qué bello hubiera sido decirle:—*Quosque tandem, Catilina, abutere patientia nostra?*

Todo el asunto consistía en sustituir el nombre del célebre conspirador con el nombre de la joven,—Petrita Codalillo.

El caballero volvió á salir de su escondite, y se atrevió á decir:

—¿Podemos ya, Petrita?

—Sí.

—¿Sí?... Las gratas impresiones con que un amor, cuyos sagrados fines son patentes á la tierra y al cielo. Las lágrimas perdidas como la corriente de...

—¡Chist!... aquí viene la niña.

—¡Por vida del diablo! ¿Por qué no dices que eres tú, bestia?

—Pues si yo soy, señor...

—Pues tú, maldita... ¿ya le avisaste?

—No.

—Pues avísale.

—Tampoco.

—¡Por Barrabás!... ¿qué dices?

—Dice que ya viene.

—¿Está ahí el señor?

—Ya viene.

—¿Quién?

—La niña.

—Me alegro... ¿Pero el señor?

—Se quedó en la guardia.

—Bueno. Dí á la niña que no se dilate.

IX.

El postigo volvió á cerrarse, y el galán tornó al puesto que ocupaba al principio. Templó su guitarra, y entonó con fuego aquella serenata que hemos visto ahora firmada por un poeta moderno, y que comienza:

Sal aurora del alma,
Rompe el cielo, y etc.

La aurora de aquella alma enamorada rompió el cielo, apartando el postigo cual si fuera una nube, y pronunció en voz baja el nombre del afortunado estudiante:

—¡Genaro!...

—¡Petra!...

Guardaron un momento de silencio, al cabo del cual dijo la novia:

—Ahora sí... ya me voy.

—¿Te vas?.. ¡Oh! es una dicha haberte visto; ¿pero tan cortos momentos de felicidad me consolarán de una ausencia tan larga? No.. media hora más, por vida tuya, cinco minutos...

—Ni uno.

—¿Tu me amas?

—Sí... pero me voy...

—Pues bien, ingrata, replicó el galán con voz trágica, puedes irte; yo también me marcho para no volver nunca.

Y dió algunos pasos con la resolución de ponerlo en práctica; pero la joven asomó la mitad del cuerpo y gritó con voz desesperada;

—¡Genaro!

Aquel nombre lanzado en el silencio, se dividió en dos ecos: uno se perdió por las calles, y el otro penetró resonando hasta la pieza donde dormían los padres de Petrita.

Genaro, lleno de placer con el efecto de sus palabras, volvió el rostro, esperando seguramente una satisfacción.

—¿Qué has dicho? le preguntó la joven.

—He dicho, replicó el estudiante, que me marcharé para siempre. Tú no debes amarme, cuando niegas con increíble empeño, al que daría por tí la vida, un momento de conversación que otorgarías al último de tus amigos. Quiera Dios que sean una mentira los tenaces presentimientos que me persiguen; pero un amante no debe consultar sino el sobresalto de su corazón, porque el corazón es su oráculo. Yo lo escucho. Creo ver, adivino ya la horrible causa de tu indiferencia... Esa causa, odioso aborto de la codicia de tus padres, tiene un nombre que no vacilaré en pronunciar...

—¿Cuál?...

—Don Epitacio.

—¡Mientes, Genaro!

—Sí... don Epitacio Aranda, el caudaloso comerciante que no se aparta de tu casa, que halaga el interés de tu familia...

—¡Genaro!.. tú me insultas, y abusas, no de mi debilidad sino de mi cariño.

—¡Ah! ¿me hablas de tu cariño? ¿lo he visto alguna vez, existe amor en la mirada fría de tus ojos, y son de amor los largos días que paso, porque tú lo quieres, hundido en la triste sombra de tu ausencia? Há un año que nos conocemos, y todavía ignoro si soy tu amante ó un simple conocido á quien hablas por cortesía. Tus cartas podía leerlas cualquiera, sin sospechar nuestros amores. El orgullo, sí, el orgullo, devora los renglones, donde tu corazón pondría tal vez una palabra de consuelo. ¿Crees, por ventura, que el júbilo que me inspirase una lágrima tuya vertida en mi memoria, se tornaría en vana sorberbia y me llevara á despreciarte?

—No, Genaro ¿Pero qué pretendes?... yo no sé poner cartas tan floridas como las tuyas, ni sé disfrazar con términos arrebatados el dulce bienestar que experimento con quererte.

—¿Luego me quieres?...

—¡Oh! como no lo mereces, infame.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ¡mamá!... ¡ay!... ¡por Dios santo!..

—¿Qué... qué dices?..

X.

Genaro conoció que la habían sorprendido.

En efecto, hacía tiempo que la madre despertada por el imprudente grito de Petrita, se había deslizado hasta colocarse á las espaldas de esta, y escuchaba con insidiosa calma el diálogo de los amantes.

Dejó pasar las frases insustanciales, el discurso sentimental, y hasta lor piropos de Genaro, pero no pudo soportar que una niña á quien guardaba para un español acomodado, echara por la ventana el corazón, y como dijo ella, en el sombrero de «un colegialón desarrapado, y más mugroso que la pasta des sus libros viejos».

Aquella madre airada hincó sus uñas en el peinado de Petrita, cuando la pobre niña, como los héroes de Víctor Hugo, se mecía en las estrellas, y sacudió inhumanamente aquella cabeza coronada con las flores, con los botones todavía tiernos y aromáticos del primer ensueño.

Genaro queda petrificado, pero escucha que una llave araña la chapa del zaguan, y recogiendo todas las fuerzas que le quedan se pone de un brinco en el recodo que forma con la casa la tapia de una huerta. El zaguan se abre dando paso, no hay duda, al capitán Peñaza, el terrible padre de Petrita.

El estudiante se desliza hasta la puerta falsa del jardín.

El capitán olfatea por todas partes y pica las tinieblas con un garrote, dejando oir el resoplido de un toro, y las blasfemias de un condenado.

Genaro siente que se apróxima, y quisiera que aquella puerta que tiene á sus espaldas se rompiera para darle paso. Siente ya el aliento de Peñaza, y retrocede estrechándose y procurando disminuir su volúmen... ¡pero dicha! la puerta cede bajo el peso de su cuerpo; la mano de un ángel benéfico lo convidaba á un asilo inviolable.

Entonces entra, vuelve á cerrar, y escucha conteniendo el aliento, cómo el capitán llega, registra, lanza una nueva maldición y se aleja.

XI.

Peñaza no era un capitán vulgar. Bien calculó que el enemigo debía estar oculto, y que no tardaría en aparecer cuando creyese desvanecido el peligro. En consecuencia, determinó poner una emboscada, y oculto en el recodo de la tapia esperó con el garrote enarbolado que llegase el momento.

XII.

Genaro se encontró en una huerta, envuelto en emanaciones perfumadas y en los rumores que el viento exhalaba entre el enramaje, como el canto de las aves nocturnas.

Aquel silencio, aquella soledad, aquel romanticismo del jardín y de la noche, le infundieron una sensación agradable como la melancolía, respetuosa como la que inspira un templo, triste como el abandono, vaga como el sueño, fría como el espanto, terrible como la superstición.

Pasó el tiempo.

Genaro se olvidó por un momento de la causa que lo tenía en aquel sitio, para entregarse todo entero á su instinto de contemplación y al goce de las sensaciones pavorosas que tanto ansía el hombre como todo lo que agita su alma sin horrorizarla.

De pronto escuchó el ruido de unos pasos. ¿Quién podía ser á tales horas?—¿lo habrían sentido?—¿vendrían acaso á cerrar la puerta? Quiso salirse, mas un bulto bien perceptible que acababa de aparecer en un sendero cuyo extremo se perdía en la oscuridad, se acercaba con tal violencia, que apenas le dió el tiempo necesario para escurrirse tras un seto de rosales que tenía á su lado. Allí agazapado y á favor de la noche, inmóvil, atento y tembloroso, esperó al bulto que seguía aproximándose hasta llegar muy cerca de la puerta. Entonces vió que era un hombre con la capa al brazo que adelantaba con los pasos ya rápidos, ya vacilantes, volviendo la mirada hacia atrás, y con todos los ademanes cautelosos de un ladrón, ó acaso de un amante que vuelve de alguna cita peligrosa, temiendo despertar bajo sus plantas la cólera de un esposo afrentado.

El hombre aquel se detuvo, sacó la cabeza por la puerta y vió la calle—después salió.

Iba Genaro á levantarse, pero el hombre volvió á entrar, extendió el brazo lanzando un objeto entre los rosales, y luego salió cerrando con cuidado la puerta.

Genaro escuchó con desconsuelo el ruido de la llave, y después los pasos que se extinguieron.

XIII.

Sonaron las cuatro de la mañana.

El lector tendrá la bondad de acompañarnos al otro extremo de la casa, á un cuarto donde habita el anciano Gregorio, portero del artista. Buen madrugador, como buen campesino que había sido en otros tiempos, nunca esperaba en su *petate* la última campanada de las cuatro.

—¡Alabo á Dios! había dicho, y tomando de un rincón su escoba y un cántaro ya con agua, subió al corredorcillo, primer punto designado por Rosaura, que tanto le gustaba hallarlo regado y limpio á la hora que salía de su pieza, ya peinada á la primer sonrisa de la aurora, y entre el perfume de sus macetas y la algazara de sus pájaros.

—¡Erre!... ¿qué es esto? exclamó al ver de par en par la puerta del dormitorio del artista. Y después, notando que no se escuchaba el ruido de las respiraciones, añadió, yendo á emparejar las vidrieras:

—¡Bah! parece que están muertos.

Fué indescriptible su sorpresa cuando al asomarse por aquella puerta vió á su amo en el suelo, sobre un lago de sangre, con el rostro terriblemente expresivo, alumbrado por la escasa claridad de la mañana.

El suyo tomó también los tintes del sepulcro, sintió que el pavimento se hundía bajo sus pies, y próximo á desfallecer dejó escapar por su garganta, entre el esfuerzo del terror y la debilidad de la agonía, un grito doliente, sofocado, parecido al grito de socorro.

Volvió á mirar aquel cadáver, y su espanto se tornó en lástima, su lástima en indignación, y su indignación en sed, en avidez de una justicia tremenda. Entonces recobrando sus fuerzas, bajó corriendo la escalera, atravesó el patio, sacó de su cuarto una llave, y después de tantear la chapa del zaguan con sus manos temblorosas, abrió la puerta y salió á la calle alborotando con sus gritos al vecindario.

—¡Ea! compadre, le gritó un vecino apareciendo medio desnudo en la entrada de una triste accesoria ¿estás loco?

—¡Oh! no.... ¡ven!.... vengan todos.... han matado á mi amo....

—¿Qué?... ¿quién?....

—No sé, pero está muerto.... ¡está anegado en sangre! que llamen á la policía, ¡por Dios!

Muchos vecinos y algunos individuos que transitaban por la calle, rodean á Gregorio y lo martirizan con preguntas que él no acierta á satisfacer.

En esto llega el compadre, y se lanza con todos los curiosos por donde el dedo del anciano señala el lugar de la catástrofe. Al llegar, un grito de compasión se escapa de todas las gargantas. No es un solo cadáver, son dos: es también la hermosa señorita, la virtuosa vecina, Rosaura que yace en su lecho revuelto y ensangrentado, con la garganta amoratada, la lengua negra entre los dientes, y una mano afianzada en las cortinas de una cuna.

—¡Aquí hay un niño! exclaman otros.

Un nuevo grito de los espectadores retumba en los ámbitos de la pieza, y todos rodean á una mujer que saca de la cuna al hijo del artista, pegado por un coágulo rojo en sus almohadas.

—Le late, le late todavía! exclamó la mujer colocando su mano en el corazón de la criatura. ¡Agua! traigan agua.

Dos ó tres mujeres y un muchacho se arrojan al instante sobre el cántaro que había dejado Gregorio, y llevan el auxilio, mientras un nuevo grupo de vecinos invade el corredor gritando:

—¡El criminal! ¡el asesino! ¡vengan! ¡aquí está! ¡por la huerta!

El tropel se lanza por la escalera, confundiendo el redoble de sus pisadas con gritos de cólera que presagiaban el esterminio.

XIV.

En efecto, un hombre, un joven que pudiera tomarse por un difunto si no fuera por el temblor de su cuerpo, sus miradas llenas de agitación y el fresco pelo ondulante con la brisa de la madrugada, se había levantado del follaje al ver desembocar la multitud que lo ensordecía con sus maldiciones.

Era el pobre estudiante que después de luchar algunas horas con la cerradura de la puerta, se había decidido á pasar allí la noche, con el ánimo de esperar al jardinero y comprar su indulgencia con la relación de su fatal aventura.